

JARDINES COMENZADOS

Por Wenceslao Vargas Márquez – Noviembre de 2003.

Se asemejaban levemente a jardineros,
pero a jardineros sofisticados y mustios.
La Vieja Mortalidad, R. L. Stevenson.

Hoy me he quedado mirando a Job mientras pala en mano busca cómo embellecer el jardín. He pensado en Job, en Job ideando bajo el sol cómo soportar el trabajo de comenzar a trazar nuestro jardín, el jardín que es y será mío pero sobre todo y para siempre de Marcela.

Por alguna razón extraña desde que lo conocí hace dos o tres días, el aspecto de Job me despierta un miedo antiguo, me encamina rumbo a un terror encadenado por años. Mientras se dedica a trazar planos de ese jardín obligatorio me recuerda terrores de la infancia.

No sé si es su aspecto o su pala o sus uñas descuidadas pero me trae a la memoria esas pesadillas de cuando yo era apenas un niño y soñaba que debajo de mi cama se escondían los marcianos y que allí, exactamente debajo de mí, a veinte o treinta centímetros de mi espalda horizontal los marcianos estaban serios, con los ojos muy serios, como acechando y como sospechando mis movimientos.

Yo me imaginaba a los marcianos bajo mi cama acostados en la misma posición que yo, boca arriba. Me imaginaba que sus miradas eran incapaces de traspasar el herraje, el colchón, las frazadas, y que sólo podían *adivinar*me a mí en la misma posición que ellos: boca arriba, todos, ellos y yo en posición supina como Marcela mientras sueña y espera a Job comenzando su jardín. Pensaba en los marcianos calculando el momento en que yo bajaría un pie descalzo y frágil, mirando ansiosos y alternativamente las claridades laterales bajo la cama desde una estatura de alfombra o de hormiguita, desde una altura de ojitos de hormiguita, desde una estatura de muñequito derribado, desde una altura de ojitos de muñequito derribado, mirando los marcianos hacia arriba mi cabeza cubriendo todo el techo, para ver por cual de los dos lados bajaría el pie izquierdo desnudo o mi pie derecho apenas con un calcetín rojo que sería la señal como galáctica para comerme empezando por el pie indefenso con un violento aleteo frente a mis ojos, el tobillo desgarrándose devorado por un monstruo que me empuja alfileres en el corazón, alfileres y frías agujas, como suave perro en tinieblas con el hocico ensangrentado o duras tortugas sin dirección subiendo lentas por mis piernas.

Mirando a Job ir y venir por nuestros patios llenos de terraplenes grises que pronto serán jardines de avenidas muy amplias, viendo a Job llevando y trayendo cubetas con agua para las fosas y las flores, recuerdo que a veces eran marcianos pero a veces eran monstruos innombrables que agazapados en la oscuridad calculaban una suma de silencios: el silencio mío aunado al silencio de ellos en el abandono nocturno de mi dormitorio, oscuro y lejano, lejano y abandonado y sin los cuidados de mamá y papá durmiendo pesadamente a pocos *pasos-kilómetro* abarcables en un instante por los marcianos si yo quisiera huir tropezando.

Soñaba o creía soñar también con niños muertos. O con unos niños que robados en un giro rumbo al ascenso no habían bajado nunca de la metódica rueda de la fortuna. O con niños y niñas de blanco que cantaban mientras barrían con escobas enormes en la más absoluta oscuridad de mi habitación innombrable, que barrían *raaz-raaz* en la oscuridad de mi alcoba llena de niños llorando y barriendo en lo oscuro sin tener nada con qué defenderme, sin nada con qué dispersarlos, ni una espada ni un crucifijo ni una pistola, sin alguien que me despertara.

Ahora que han pasado los años y me hallo lejos de esos niños extraños, lejos de esos terrores nocturnos de marcianos y sepultureros y brujas y niños que *sospechan* que están vivos bajo mi cama, recuerdo cómo conocí a Job:

Yo había entrado un día antes al dormitorio de Marcela mientras ella se hallaba en el hospital. Había entrado a hurtadillas sabiendo que si se enteraba se molestaría - y me enojaría su inconformidad con mayor razón si me increpaba ahora que mis nervios siguen destrozados a causa del insomnio.

De pie frente a su cama revisé las paredes y al volver la vista a la ventana miré el terreno basto

lleno de montones de tierra y tuve la idea de ir en ese mismo instante buscar un jardinero para que el jueves, cuando Marcela volviera totalmente recuperada de su riesgo cardiaco, encontrara comenzado en casa el jardín que tanto deseaba y cuyo embellecimiento habíamos tantas veces planeado y pospuesto.

Decidí buscar en ese mismo instante al jardinero que Marcela necesitaba. Ese jardinero era Job. Por la mañana del día siguiente, martes, busqué a Job quien tomó medidas y me mostró planos. Para el jueves por la noche Job finalmente había comenzado el jardín. Había empezado a trazar los andadores paralelos a la pared de la habitación de Marcela, andadores que desde cierto ángulo eran líneas paralelas falsamente ocupadas. Había comenzado en el jardín las veredas perpendiculares. Ambas, desde cierta perspectiva, eran diagonales engañosamente vacías obstruidas por montones de tierra.

Job recorrió el jardín lleno de líneas paralelas y perpendiculares a la cama de Marcela, líneas y trazos que crean cuadrículas separando terraplenes para rosas, para araucarias, para tulipanes, para lápidas. Es un ir y volver que cumple Job bajo el sol como rutina y que me pone triste o de luto sobre todo cuando insiste en medir los terraplenes y los espacios pero incluyendo en sus cálculos las medidas de la habitación de Marcela, no le entiendo.

Incluir en las medidas del jardín la habitación donde Marcela duerme y ver su suave sueño sin respiración que lo altere. Marcela a bordo de un sueño donde lucha contra sus propios marcianos, donde sin pistolas ni crucifijos ni espadas se defiende boca arriba de los niños que bajan de la rueda de la fortuna como ciegos, como sin ojos y llorando.

Incluir en las medidas del jardín las medidas de la cama blanca de Marcela que prolonga una paralela rígida, igual que el resto de la camas de su fila, camas que al alinearse blancas crean cuadrículas y enfermos boca arriba, camas que como los terraplenes y las fosas crean cuadrículas bellamente distribuidas en el jardín comenzado en la noche.

Mejor despertar a Marcela para que Job no la incluya en el jardín, mejor emprender una lucha contra este Job *marciano-con-pala* que desea incluir la cama de Marcela en los trazos. Si logro despertarla de su riesgo ya no habrá ruidos rasposos de escobas *raaz-raaz* escurriéndose alrededor de la cama de Marcela, ya no estará Marcela rodeada de niños barriendo el piso de madera.

Entonces deseo olvidarme de Job y llegar a la habitación de Marcela amenazada por su propio riesgo marciano porque como la luz está apagada y la puerta cerrada puede ocurrir que se desaten las voces de los niños que barren alrededor de la cama que contiene al sueño de Marcela, el sueño permanente de una Blanca Nieves soñando entre niños y niñas que visten de blanco y que barren soñando que están vivos.

Job avanzaba recorriendo y desandando diagonales y perpendiculares con una pala en medio de fosas y terraplenes comenzados que tienen, que contienen -no únicamente- flores. Job asemejándose a un jardinero mustio que nunca usa alfabeto ni lenguaje, y que sólo tiene una pala silenciosa para cavar en el jardín espacios reticulados del tamaño de una cama blanca o de un terraplén o de una tumba, el tamaño es el mismo, no le entiendo.

Quisiera olvidar bajo el sol a Job sudando mientras cava y evitar -nunca es tarde- que Marcela boca arriba ocupe un lugar definitivo en el jardín que juntos hemos comenzado. Quiero impedir que Job sudoroso siga cavando, deseo buscar una espada o una pistola o un crucifijo vertical para armarme y protegerla del sueño que me la arrebató para siempre, evitar, cancelar, anular la idea de Job de incluir la cama blanca de Marcela insepulta en sus trazos.

Tengo que lograr que esos niños nocturnos que lo sospechan todo dejen de barrer en la habitación a oscuras, a ver si logro evitar que Marcela duerma para siempre en el jardín con un crucifijo horizontal en sus brazos.

